

LA HEREDAD INCONDICIONAL LEALTAD

Según vemos en «El Sol», de Madrid, el señor duque del Infantado, prócer palatino, en un artículo que publicó en el «A B C», también de Madrid, después de decirnos «que ha jurado al rey la heredada incondicional de lealtad, porque es rey y sin atender a sus virtudes o defectos»—concepto que suspende y maravilla expresado en pleno siglo XX», agrega, en paréntesis muy acertadamente «El Sol», propone para salvar a España una coalición monárquica, coalición electoral, por supuesto.

A esta estúpida proposición del señor duque que ha jurado al rey la heredada incondicional lealtad, porque es rey y sin atender a sus virtudes o defectos, dice «El Sol»:

«Y es de ver la premura y el fingido entusiasmo con que acuden a la consigna los viejos partidos, resueltos a no desaprovechar instante ni pretexto que les sirvan para seguir predominando y cultivando esa política que inauguró por la restauración, y nos ha traído a ser el ludibrio de Europa.»

He aquí una clara visión de lo que es el monarquismo «incondicional» en España. Con lo que se confirma lo inmoral de toda incondicionalidad.

Se le puede perdonar esa lealtad incondicional a un señor duque, y más a un duque palatino, porque en éstos semejanse lealtad es hereditaria y no adquirida por propio esfuerzo, y la nobleza cortesana no tiene obligación de discurrir civilmente. Y tal vez ni derecho. La nobleza cortesana, muy otra y hasta contraria a la antigua y turbulenta nobleza territorial, a aquella que sustentaba al rey y acaso se le oponía, y en todo caso le refrenaba, en vez de ser por él sustentada, esta nueva nobleza llama lealtad a lo que es muy otra cosa. Leal era Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador, de quien dice su «Cantar» (verso 20):

«Dios, que buen vassallo, si oviesse buen [señor]»

el que fué desterrado por el rey Alfonso de Castilla; pero estos nobles cortesanos de ahora no son leales — ¡qué han de serlo! — son otra cosa. ¡Lealtad incondicional y heredada! ¡Incondicional y heredada! Esta extraña combinación denuncia el carácter de semejante cualidad.

«El Sol» añade:

«Ni aman a la monarquía, ni al mismo rey respetan estos desatentados mantenedores del tinglado caduco. No comprenden cuán peligroso sería hoy trazar una línea divisoria entre españo-

les monárquicos y antimonárquicos, si habían de colocarse enfrente de ellos todos los que son incapaces de amparar la vuelta al antiguo régimen, y de suscribir y autorizar con su sufragio las vergüenzas indecibles de una de las épocas más abyectas de la historia de España. Flaco servicio rinde el señor duque del Infantado con su excesiva buena fe a la monarquía y al orden. Ha debido calcular antes cuántos somos, sobre poco más o menos, los millones de españoles sin lealtad heredada, monárquicos sinceros, porque consideramos que dentro de la monarquía, si la monarquía sabe atemperarse, caben las nuevas normas, pero decididos a que, en modo alguno, y «cueste lo que cueste», vuelva a imperar la política que nos ha envilecido, que nos ha arruinado, que nos ha traído inermes y desmayados a esta situación en que podríamos ser fácil presa de cualquiera.»

Con lo que deben estar también conformes los no monárquicos y hasta los republicanos. Y desde luego los republicanos, los partidarios de un gobierno democrático y de opinión pública, de soberanía popular a quienes no les importe hoy por hoy gran cosa que el primer magistrado al servicio del pueblo, el jefe nominal y oficial del Estado, sea presidente electivo o rey hereditario y vitalicio.

Y acaba diciendo «El Sol»:

«Fuera de esa alianza de monárquicos se nos deja (se nos deja, no nos quedamos por propio impulso) a cuantos queremos una España renovada, digna y apercebida para el porvenir; es decir, que hay una alianza de monárquicos y una alianza de españoles.»

¡Muy bien dicho!

Una coalición monárquica no puede querer decir hoy más que algo muy feo. Los mauristas, sin ir más lejos, no pueden aceptarla.

Y es que los españoles no estamos hoy divididos en monárquicos y republicanos, sino—y en esto no se conformará, de seguro, con nosotros «El Sol»—en derechas e izquierdas. O acaso en renovadores y revolucionarios. Porque los otros, los que no son ni una cosa ni otra, no son ciudadanos, y por lo tanto tampoco son españoles.

La heredada incondicional lealtad no puede constituir base y fundamento de política alguna. Eso no es programa de gobierno; de ahí no se saca nada. Un liberal monárquico, si es verdaderamente liberal, está mucho más de acuerdo con un liberal no monárquico, republicano o antimonárquico—y estas son tres categorías políticas y no una misma—que con un antiliberal monárquico. Y mucho más un demócrata. Es el liberalismo y el democratismo lo que une o separa a los ciudadanos que tienen conciencia de ciudadanía, es decir, de civilidad, y no la heredada incondicional lealtad, propia de próceres cortesanos sin conciencia civil y sin discurso propio y adquirido, no heredado.

Ni siquiera en nombre de esa quisquosa que llaman el orden puede invocarse la monarquía como lazo de unión, porque es acaso ella, la monarquía, tal y como está constituida y funciona—o no funciona, sino que consume, cobra y tapa,—la principal fuente del verdadero desorden. Porque la monarquía no es hoy en España más que una encubridora de las vergüenzas políticas y del mal gobierno.

Es falso eso de que en España se ha gobernado y se gobierna mal, que se des-gobierna, a despecho del monarca. Es más bien el monarca, que se satisface con tan tristes y lamentables lealtades como la del señor duque del Infantado, el que no ha impedido, habiéndolo podido hacer, que se gobierne mal. El rey Alfonso XIII de España ha seguido en más de algo las huellas del rey Alfonso VI de León y de Castilla. Y en vez de Cides se encuentra con duques del Infantado y otros próceres cortesanos que no le ganarán, ni aun electoralmente, ninguna Valencia, pero le perderán algo.

«El Sol» pide una alianza de españoles y no de monárquicos. Pero nos falta saber qué quiere decir españoles, porque de este nombre—que a las veces no pasa de designación jurídico-territorial—se está abusando y por quienes más que de la suerte de España se preocupan de la de otras naciones. Lo que nosotros debemos pedir y buscar y procurar es una alianza de liberales demócratas, de ciudadanos partidarios de la soberanía popular, del gobierno de opinión pública. Que tampoco es el de técnicos y especialistas o supuestos competentes. Que este gobierno, a que parece propende «El Sol», órgano de la burguesía incipiente, del industrialismo en grande y hasta del competentismo, tiene sus peligros y muy grandes.

Pero de esto, del competentismo, bajo el cual se insinúa otra forma de reacción antidemocrática, diremos más otra vez. Les tenemos miedo a los supuestos técnicos. En más de un respecto nos parecen peores que los políticos profesionales o de carrera y en el mismo género de maldad que éstos. La tiranía y el despotismo—que de ambas cosas tiene—del técnico, que propende a la dictadura, es terrible. Nada de despotismo ilustrado! Mejor sin ilustrar. Pero de esto, lo repetimos, otras veces.

Miguel de UNAMUNO.

